

Reale, Giovanni; Antiseri, Dario: *Historia del pensamiento filosófico y científico. Tomo primero: Antigüedad y Edad Media* (trad. Juan Andrés Iglesias). Barcelona (2da ed.), Herder, 1995, pp. 329-348.

CAPÍTULO XIII

LA BIBLIA Y SU MENSAJE

1. ESTRUCTURA Y SIGNIFICADO DE LA BIBLIA

1.1. *Los libros que constituyen la Biblia*

Biblia en griego significa «libros». Es una forma plural (de *biblion*) que, en latín y en las demás lenguas modernas, ha sido transliterada como singular, para indicar el libro por antonomasia. En realidad, la Biblia no es un solo libro, sino una colección de libros, cada uno de ellos provisto de un título y de unas peculiaridades específicas, con una extensión diferente y con diversos estilos literarios y redaccionales. Se ha hablado con razón de la Biblia como de una colección de colecciones de libros, puesto que algunos de sus libros son a su vez colecciones de libros.

Los libros de la Biblia se dividen en dos grandes grupos: *a*) los libros del Antiguo Testamento (redactados desde alrededor del 1300 hasta el 100 a.C.; los primeros libros, sin embargo, se remontan a una tradición oral antiquísima), y *b*) los del Nuevo Testamento, que se remontan todos ellos al siglo I d.C. y están centrados exclusivamente en el nuevo mensaje de Cristo.

Los libros del Antiguo Testamento que la Iglesia católica reconoce como canónicos (es decir, que contienen el canon o la regla a la cual debe atenerse el creyente, en lo que concierne a las verdades de fe) son 46, que se dividen de la manera siguiente:

- Libros históricos:
1. *Génesis*
 2. *Éxodo*
 3. *Levítico*
 4. *Números*
 5. *Deuteronomio*

(Estos cinco libros de Moisés también reciben el nombre de *Pentateuco*, que significa «conjunto de cinco libros». Se les llama asimismo *Torah*, que quiere decir «Ley», es decir, los libros que contienen la ley.)

- (Estos cuatro libros también reciben el título conjunto de *Reyes* I, II, III y IV)
- (Estos libros también son llamados *Esdras* I y II)
- Libros sapienciales o poéticos:
- Libros proféticos:
(Este primer grupo es llamado «de los profetas mayores», debido a la extensión de sus escritos)
- (Este segundo grupo es llamado «de los profetas menores», por lo reducido de sus escritos)
6. *Josué*
 7. *Jueces*
 8. *Rut*
 9. *Samuel*, libro I
 10. *Samuel*, libro II
 11. *Reyes*, libro I
 12. *Reyes*, libro II
 13. *Crónicas (Paralipómenos)*, libro I
 14. *Crónicas (Paralipómenos)*, libro II
 15. *Esdras*
 16. *Nehemías*
 17. *Tobías*
 18. *Judit*
 19. *Ester*
 20. *Macabeos*, libro I
 21. *Macabeos*, libro II
 22. *Job*
 23. *Salmos*
 24. *Proverbios*
 25. *Eclesiastés*
 26. *Cantar de los Cantares*
 27. *Sabiduría*
 28. *Eclesiástico*
 29. *Isaías*
 30. *Jeremías*
 31. *Lamentaciones*
 32. *Baruc*
 33. *Ezequiel*
 34. *Daniel*
 35. *Oseas*
 36. *Joel*
 37. *Amós*
 38. *Abdías*
 39. *Jonás*
 40. *Miqueas*
 41. *Nahúm*
 42. *Habacuc*
 43. *Sofonías*
 44. *Ageo*
 45. *Zacarías*
 46. *Malaquías*

Este canon, que ya se había consolidado entre los cristianos del siglo IV, fue ratificado definitivamente por el Concilio de Trento. En cambio, los protestantes adoptaron el canon hebreo, del cual hablaremos de inmediato.

Los judíos sólo admitieron 36 libros (dividiéndolos en Torah, Profetas y Libros, excluyendo a *Tobías*, *Judit*, *Macabeos I y II*, *Sabiduría*, *Eclesiástico*, *Baruc*, e incluso una parte de *Daniel*, que son libros redactados originariamente en lengua griega, o que sólo nos son conocidos en su texto griego. (En la actualidad, sin embargo, nos hallamos en condiciones de establecer que dicha restricción se remonta a los fariseos de Palestina, que pensaban que después de Esdras había cesado la inspiración divina, mientras que otras comunidades hebraicas incluían también algunos de estos libros entre los libros sagrados. En efecto, en los descubrimientos realizados en Qumrán en 1947, que sacaron a la luz numerosos libros pertenecientes a una comunidad judía existente en la época de Cristo, han sido encontrados el libro de *Tobías* y el *Eclesiástico*, lo cual prueba que no estaban excluidos de los libros sagrados.)

Los libros del Nuevo Testamento reconocidos como canónicos son 27, y se dividen de la siguiente forma:

Cuatro *Evangelios*, con los *Hechos de los Apóstoles*

1. *Evangelio* según Mateo
2. *Evangelio* según Marcos
3. *Evangelio* según Lucas
4. *Evangelio* según Juan

5. *Hechos de los Apóstoles*

Un *corpus* de cartas de san Pablo (o atribuidas a él)

6. *Carta a los Romanos*
7. *Primera carta a los Corintios*
8. *Segunda carta a los Corintios*
9. *Carta a los Gálatas*
10. *Carta a los Efesios*
11. *Carta a los Filipenses*
12. *Carta a los Colosenses*
13. *Primera carta a los Tesalonicenses*
14. *Segunda carta a los Tesalonicenses*
15. *Primera carta a Timoteo*
16. *Segunda carta a Timoteo*
17. *Carta a Tito*
18. *Carta a Filemón*
19. *Carta a los Hebreos*

Siete cartas de apóstoles, o atribuidas a apóstoles

20. *Carta de Santiago*
21. *Primera carta de Pedro*
22. *Segunda carta de Pedro*
23. *Primera carta de Juan*
24. *Segunda carta de Juan*
25. *Tercera carta de Juan*
26. *Carta de Judas*

Libro profético de Juan:

27. *Apocalipsis*

En la actualidad los expertos suelen considerar en la mayoría de los casos que la Carta a los Hebreos no fue escrita por Pablo, si bien su autor se halla próximo a la perspectiva paulina.

Los textos de la Biblia fueron redactados en tres lenguas: hebreo (la mayor parte del Antiguo Testamento), una parte reducida en arameo (dialecto hebreo) y en griego (algunos textos del Antiguo Testamento y todo el Nuevo; sólo el Evangelio de Mateo fue redactado, con toda verosimilitud, primero en arameo y luego se tradujo al griego). Dos traducciones fundamentales han tenido una enorme importancia histórica y no sólo para la antigüedad. La traducción al griego de todo el Antiguo Testamento, llamada de los Setenta y que se inició en Alejandría bajo el reinado de Ptolomeo Filadelfo (285-246 a.C.), se convirtió en punto de referencia dentro del área cultural griega para los propios judíos helenizados, además de serlo para los griegos (numerosas referencias de los Evangelios mismos están en relación con ella). A partir del siglo II d.C., la Biblia se tradujo también al latín. La traducción realizada por san Jerónimo entre el 390 y el 406 fue la que se impuso de manera estable, hasta el punto de ser adoptada oficialmente por la Iglesia, y es conocida con el nombre de *Vulgata*, porque fue considerada como la traducción latina por excelencia. Pronto alcanzó gran difusión.

1.2. *El concepto de «Testamento»*

Hemos visto que las dos partes de la Biblia se llaman Antiguo y Nuevo Testamento. ¿Qué significa «Testamento»? Este término traduce el griego *diatheke* e indica el pacto o la alianza que Dios ofreció a Israel. En este pacto (el ofrecimiento de un pacto y de lo que éste supone), la iniciativa es unilateral, es decir, depende por completo de Dios, que fue quien lo ofreció. Y Dios lo ofreció por pura benevolencia, esto es, como un don gratuito.

He aquí algunos textos especialmente significativos. En Génesis 9, después del diluvio, Dios dice a Noé y a sus hijos: «He aquí que yo establezco mi alianza con vosotros, y con vuestra futura descendencia, y con toda alma viviente que os acompaña... Establezco mi alianza con vosotros, y no volverá nunca más a ser aniquilada toda carne por las aguas del diluvio, ni habrá más diluvio para destruir la tierra.» En Éxodo 24, leemos el texto más significativo que hace referencia al antiguo testamento, es decir, a la alianza del Sinaí entre Dios e Israel, que iba a durar hasta la venida de Cristo: «Vino, pues, Moisés y refirió al pueblo todas las palabras de Yahvéh y todas sus normas. Y todo el pueblo respondió a una voz: «Haremos todo cuanto ha dicho Yahvéh.» Entonces escribió Moisés todas las palabras de Yahvéh; y, levantándose de mañana, alzó al pie del monte un altar y doce estelas por las doce tribus de Israel. Luego mandó a algunos jóvenes, de los hijos de Israel, que ofreciesen holocaustos e inmolaran novillos como sacrificios de comunión para Yahvéh. Tomó Moisés la mitad de la sangre y la echó en vasijas; la otra mitad la derramó sobre el altar. Tomó después el libro de la alianza y lo leyó ante el pueblo, que respondió: «Obedeceremos y haremos todo cuanto ha dicho Yahvéh.» Entonces tomó Moisés la sangre, roció con ella al pueblo y dijo: «Ésta es

la sangre de la alianza que Yahvéh ha hecho con vosotros, según todas estas palabras.”»

Y en el profeta Jeremías (31,31ss) se halla la promesa de una nueva alianza (la que debía ser inaugurada por Cristo): «He aquí que días vienen —oráculo de Yahvéh— en que yo pactaré con la casa de Israel (y con la casa de Judá) una nueva alianza: no como la alianza que pacté con sus padres, cuando les tomé de la mano para sacarles de Egipto; que ellos rompieron mi alianza, y yo hice escarmiento en ellos —oráculo de Yahvéh—. Sino que ésta será la alianza que yo pacte con la casa de Israel, después de aquellos días —oráculo de Yahvéh—: pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que adoctrinar más el uno a su prójimo y el otro a su hermano, diciendo: “Conoced a Yahvéh”, pues todos ellos me conocerán del más chico al más grande —oráculo de Yahvéh— cuando perdone su culpa y de su pecado no vuelva a acordarme.»

El autor de la Carta a los Hebreos (9,11) explica así el sentido que posee el nuevo testamento y la nueva alianza, ratificada con la venida de *Cristo*:

Pero presentándose Cristo como sumo sacerdote de los bienes futuros, a través de una tienda mayor y más perfecta, no fabricada por mano de hombre, es decir, no de este mundo, penetró en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de novillos, sino con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna. Pues si la sangre de machos cabríos y de toros y la ceniza de vaca santifica con su aspersion a los contaminados, en orden a la purificación de la carne, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo! Por eso es mediador de una nueva alianza, para que, interviniendo su muerte para redención de las transgresiones de la primera alianza, los que han sido llamados reciban la herencia eterna prometida. Pues donde hay testamento se requiere que conste la muerte del testador, ya que el testamento es válido en caso de defunción, no teniendo valor en vida del testador. Así tampoco la primera alianza se inauguró sin sangre. Pues Moisés, después de haber leído a todo el pueblo todos los preceptos según la ley, tomó la sangre de los novillos y machos cabríos con agua, lana escarlata e hisopo, y roció el libro mismo y a todo el pueblo diciendo: Ésta es la sangre de la alianza que Dios ha ordenado para vosotros. Igualmente roció con sangre la tienda y todos los objetos del culto; pues según la ley, casi todas las cosas han de ser purificadas con sangre, y sin efusión de sangre no hay remisión.

En Mateo (26,27), Cristo pronuncia estas palabras: «Tomó luego un cáliz y, dadas las gracias, se lo dio diciendo: “Bebed todos de él, porque ésta es mi sangre de la alianza (*diatheke*), que va a ser derramada por muchos para perdón de los pecados.”»

1.3. *La inspiración divina de la Biblia*

En numerosos textos de la Biblia se hace referencia a la inspiración divina de los escritos bíblicos, y a la orden de escribir formulada por el mismo Dios.

En el libro del Éxodo puede leerse: «Yahvéh dijo a Moisés: “Escribe estas palabras...”»; «Yahvéh dijo a Moisés: “Escribe esto en un libro para recuerdo...”» En Isaías (30,8) se afirma: «Ahora ven, escríbelo en una tablilla, grábalo en un libro...» Juan, al comienzo del Apocalipsis (1,9ss),

se expresa así: «Yo, Juan, vuestro hermano y compañero de la tribulación, del reino y de la paciencia en el sufrimiento en Jesús, me encontraba en la isla llamada Patmos, a causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús. Caí en éxtasis un día del Señor, y oí detrás de mí gran voz, como de trompeta, que decía: “Escribe en un libro lo que veas y envíalo a las siete iglesias...”»

En cuanto a la inspiración procedente de Dios, leemos en Jeremías: «Tú serás como mi boca.» En la Segunda carta de Pedro (1,20) se dice: «Pero, ante todo, tened presente que ninguna profecía de la escritura puede interpretarse por cuenta propia; porque nunca profecía alguna ha venido por voluntad humana, sino que hombres movidos por el Espíritu Santo han hablado de parte de Dios.» Lucas (24,27) escribe que el Mesías, «empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las escrituras». Y Pablo vuelve a reiterar: «Toda escritura está divinamente inspirada.»

Los mandamientos, además, han sido escritos directamente por Dios. En Éxodo, 24,12, se lee: «Dijo Yahvéh a Moisés: “Sube hasta mí, al monte; quédate allí, y te daré las tablas de piedra —la ley y los mandamientos— que tengo escritos para su instrucción.”» Y en 34,1: «Dijo Yahvéh a Moisés: “Labra dos tablas de piedra como las primeras, sube donde mí, al monte y yo escribiré en ellas las palabras que había en las primeras que rompiste.”»

2. IDEAS BÍBLICAS FUNDAMENTALES CON PARTICULAR IMPORTANCIA FILOSÓFICA: MÁS ALLÁ DEL HORIZONTE DE LOS GRIEGOS

2.1. *El alcance revolucionario del mensaje bíblico*

La Biblia se presenta, pues, como palabra de Dios. Como tal, su mensaje es objeto de fe. Quien pretenda poner la fe entre paréntesis y leer la Biblia como científico puro, igual que se lee un texto de Platón o de Aristóteles, llevaría a cabo una operación contraria al espíritu de dicha escritura.

La Biblia cambia completamente de significado según sea leída creyendo que se trata de la palabra de Dios, o no creyéndolo. Sin embargo, aunque no constituya una filosofía en el sentido griego del término, la visión general de la realidad y del hombre que la Biblia nos presenta —en la medida en que se refiere a algunos de los contenidos esenciales de los que también se ocupa la filosofía— implica una serie de ideas fundamentales que poseen una importancia, también filosófica, de primer orden. Se trata de ideas importantes hasta tal punto, no sólo para los creyentes sino también para los no creyentes, que la difusión del mensaje bíblico modificó de manera irreversible el rostro espiritual de Occidente. En pocas palabras, puede decirse que la palabra de Cristo, contenida en el Nuevo Testamento (que se presenta como revelación que completa, perfecciona y corona la revelación de los profetas que aparece en el Antiguo Testamento) produjo una revolución tan vasta que modificó todos los términos de todos los problemas que el hombre se había planteado desde el punto de vista filosófico en épocas anteriores, y que condicionó asimismo los

términos en que habían de plantearse a partir de entonces. El mensaje bíblico condicionará de un modo positivo, como es obvio, a aquellos que lo acepten, pero también condicionará a quienes lo rechacen: en primer lugar, como término dialéctico de una antítesis (la antítesis adquiere sentido sólo en función de la tesis a la que se contrapone) y, más en general, como un horizonte espiritual en sentido estricto, que se impondrá de una forma imposible de eliminar con posterioridad. Para comprender lo que estamos expresando aquí, resulta paradigmático el título (que representa todo un programa espiritual) del célebre ensayo del idealista y no creyente Benedetto Croce: *Por qué no podemos no llamarnos cristianos*, que significa que el cristianismo, una vez que ha aparecido, se convierte en horizonte imposible de relegar a un segundo plano.

Después de la difusión del mensaje bíblico, sólo podrán adoptarse estas posturas: a) filosofar desde la fe, es decir, creyendo; b) filosofar tratando de distinguir entre el ámbito de la razón y el de la fe, creyendo también; c) filosofar desde fuera, de la fe y contra la fe, es decir, no creyendo. Ya no será posible filosofar desde fuera de la fe, en el sentido de filosofar como si el mensaje bíblico jamás hubiese entrado en la historia. Por este motivo el horizonte bíblico continúa siendo un horizonte estructuralmente imposible de superar, en el sentido mencionado antes: es un horizonte más allá del cual uno no puede colocarse, tanto en el caso de que se crea como en el de que no se crea.

Una vez establecido lo anterior, hay que exponer las principales ideas bíblicas que poseen una relevancia filosófica, comparándolas de modo estructural con la perspectiva precedente, adoptada por los griegos.

2.2. *El monoteísmo*

La filosofía griega había llegado a concebir la unidad de lo divino como la unidad de una esfera que por esencia admitía en su propio ámbito una pluralidad de entidades, de fuerzas y de manifestaciones, con grados y planos jerárquicos diferentes. No había llegado, pues, a concebir la unicidad de Dios y, por consiguiente, jamás se había planteado como un dilema la cuestión acerca de si Dios era uno o muchos, y por lo tanto había permanecido siempre más acá de una concepción monoteísta. Sólo mediante la difusión del mensaje bíblico en Occidente, se impone la noción de un Dios uno y único. La dificultad que experimenta el hombre para llegar a esta concepción queda demostrada por el mandamiento divino «No tendrás otro Dios que no sea Yo» (lo cual significa que el monoteísmo no es en absoluto una noción espontánea), y por las continuas recaídas en la idolatría (que siempre implica una concepción politeísta) por parte del pueblo hebreo, a través del cual se ha transmitido este mensaje. Con esta noción de un Dios único, con un poder infinito, radicalmente distinto a todo lo demás, nace una nueva y radical concepción de la trascendencia y se elimina cualquier posibilidad de considerar como divino en el sentido fuerte del término a ninguna otra cosa. Incluso los máximos pensadores griegos, Platón y Aristóteles, habían considerado como divinos (o como dioses) a los astros. Platón había llamado «Dios visible» al cosmos y «Dioses creados» a los astros, y en las *Leyes* había auspiciado una religión

denominada «astral», basada en estos supuestos. La Biblia rechaza en bloque toda forma de politeísmo y de idolatría, y cualquier compromiso de este género. Leemos en el Deuteronomio: «Y cuando levantes tu mirada hacia el cielo y veas el Sol, la Luna y las estrellas, todo el ejército celestial, no te dejes arrastrar, no te prosternes ante ellos y no les rindas culto...» La unicidad del Dios bíblico supone una trascendencia absoluta, que concibe a Dios como algo totalmente distinto a todas las demás cosas, de una manera impensable en el contexto de los filósofos griegos.

2.3. *El creacionismo*

Hemos visto con anterioridad cuántos y cuáles fueron los diversos tipos de solución propuestos por los griegos en lo que concierne al problema del origen de los seres: desde Parménides, que solucionaba la cuestión negando cualquier forma de devenir, a los pluralistas, que hablaban de «reunión» o «combinaciones» de elementos eternos, a Platón, que proponía un demiurgo y una actividad demiúrgica, a Aristóteles, que se refería a la atracción de un Motor inmóvil, a los estoicos, que proponían una forma de monismo panteísta, o a Plotino, que hablaba de una procesión metafísica. Hemos comprobado, asimismo, las diferentes aporías que se manifestaban en estas soluciones.

En cambio, el mensaje bíblico habla de creación, desde el comienzo mismo: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra.» Y los creó a través de su palabra. Dios dijo, y las cosas fueron. Al igual que las demás cosas del mundo, Dios creó directamente también al hombre: «Dios dijo: “Hagamos al hombre...”» Dios no se sirvió de algo preexistente, como el demiurgo platónico, ni tampoco se valió de intermediarios en la creación. Todo lo produjo de la nada. Gracias a esta concepción de creación de la nada, caían por la base la mayor parte de las aporías que desde la época de Parménides habían obstaculizado la ontología griega. De la nada se originan todas las cosas, sin distinción alguna. Dios crea libremente, mediante un acto de su voluntad, por causa del bien. Produce las cosas como un don gratuito. Lo creado, pues, es algo positivo. La Biblia, al hablar de la creación, subraya con insistencia: «Y vio Dios que era bueno.» La concepción platónica del *Timeo*, que también sostiene que el demiurgo fabricó el mundo a causa del bien, se presenta aquí en una nueva perspectiva y en un contexto mucho más coherente.

El creacionismo se impondrá como la solución por excelencia del antiguo problema de cómo y por qué los muchos se derivan del Uno, y lo finito de lo infinito. La definición que Dios da de Sí mismo a Moisés, «Yo soy el que soy», será interpretada en cierto sentido como la clave para entender ontológicamente la doctrina de la creación: Dios es el ser por su misma esencia, y la creación es una participación en el ser. Dios es el ser, y las cosas creadas tienen ser, pero no lo son (lo han recibido por participación).

2.4. *El antropocentrismo*

La concepción antropocéntrica entre los filósofos griegos manifestó un alcance bastante limitado. En los *Memorables* de Jenofonte encontramos vestigios de antropocentrismo, que constituyen un eco de las ideas socráticas. Más adelante hallamos interesantes avances a este respecto en el estoicismo de Zenón y de Crisipo. Sin embargo, como se ha constatado recientemente, Zenón y Crisipo eran de origen semita, y por eso Pohlenz ha formulado la hipótesis de que su antropocentrismo representaba un eco de las ideas bíblicas, que procedía de su patrimonio cultural específico. En cualquier caso el antropocentrismo no fue un rasgo característico del pensamiento griego: por lo contrario, éste acostumbra a presentarse como notablemente cosmocéntrico. El hombre y el cosmos se hallan estrechamente vinculados y jamás se contraponen radicalmente: el cosmos, al igual que el hombre, es concebido en la mayoría de los casos como dotado de alma y de vida. Por mucho que los griegos hayan reconocido la dignidad y la grandeza del hombre, esto siempre se lleva a cabo desde una perspectiva global de tipo cosmocéntrico. El hombre, de acuerdo con el horizonte helénico, no constituye la realidad más elevada del cosmos, como advierte este texto aristotélico: «Existen muchas otras cosas que, por naturaleza, son más divinas (y perfectas) que el hombre, como —refiriéndonos a las más visibles— los astros que componen el universo.»

En la Biblia, por lo contrario, el hombre no es considerado como un elemento del cosmos —una cosa más, entre las cosas del cosmos— sino como una privilegiada criatura de Dios, hecha a imagen del mismo Dios y, por lo tanto, dominadora y señora de todas las demás cosas creadas por Dios. En el Génesis se lee: «Dijo Dios: “Hagamos al hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza, y domine en los peces del mar, en las aves del cielo, en los ganados y en todas las alimañas, y en toda sierpe que serpea sobre la tierra.”» Y más adelante: «Entonces Yahvéh Dios formó al hombre con polvo del suelo e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente.» El Salmo 8 lo expone de forma paradigmática:

Al ver tu cielo, hechura de tus dedos,
la Luna y las estrellas, que fijaste tú,
¿qué es el hombre para que de él te acuerdes,
el hijo de Adán para que de él te cuides?
Apenas inferior a un dios le hiciste,
coronándole de gloria y de esplendor;
le hiciste señor de las obras de tus manos,
todo fue puesto por ti bajo sus pies;
ovejas y bueyes, todos juntos,
y aun las bestias salvajes,
y las aves del cielo, y los peces del mar,
que surcan las sendas de las aguas.

Puesto que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, debe esforzarse por todos los medios para asemejarse a Él. Se afirma en el Levítico: «No debéis contaminaros. Porque vuestro Dios soy Yo, Yahvéh, que os hizo salir de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios: vosotros habéis de ser santos como Yo soy santo.» También los griegos hablaban

de asimilarse a Dios, pero pretendían conseguirlo mediante el intelecto, mediante el conocimiento. En cambio, la Biblia emplea la voluntad como instrumento de asimilación. Asemejarse a Dios, santificarse, significa hacer la voluntad de Dios, esto es, querer lo que quiere Dios. Y es esta capacidad de hacer libremente la voluntad de Dios lo que eleva al hombre por encima de todas las cosas.

2.5. *El Dios legislador y la ley como mandato divino*

Los griegos habían considerado la ley moral como la ley de la *physis*, la ley de la naturaleza misma: una ley que se impone, al mismo tiempo, a Dios y a los hombres, en la medida en que no ha sido formulada por Dios, sino que Dios mismo se halla vinculado a ella. La noción de un Dios que prescribe una ley moral (un Dios legislador) es algo ajeno a todos los filósofos griegos. Por lo contrario el Dios bíblico entrega al hombre la ley como mandato. Primero la impuso directamente a Adán y Eva: «Y Dios impuso al hombre este mandamiento: “De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio.”» Más tarde, como hemos visto antes, Dios escribe directamente los mandamientos.

La virtud (el supremo bien moral) consiste en la obediencia a los mandamientos de Dios, y esta obediencia coincide con la santidad, virtud que la visión naturalista de los griegos colocaba en segundo plano. Por lo contrario el pecado (el supremo mal moral) consiste en una desobediencia a Dios, y se dirige contra Dios, al ir en contra de sus mandatos. Dice el Salmo 119:

Enséñame, Yahvéh, el camino de tus preceptos,
yo lo quiero guardar hasta el final.
Hazme entender, para guardar tu ley
y observarla de todo corazón.
Llévame por la senda de tus mandamientos
porque tengo mi complacencia en ella.

Y en el Salmo 51 podemos leer:

Contra ti, contra ti solo he pecado,
lo malo a tus ojos cometí.

La vida de Cristo, su pasión y su muerte, se desarrollan por completo bajo el signo de hacer la voluntad del Padre que lo ha enviado. También en el Nuevo Testamento, el objetivo supremo de la vida —el amor de Dios— coincide con cumplir la voluntad de Dios, con seguir a Cristo que ha llevado a cabo a la perfección dicha voluntad.

El antiguo intelectualismo griego se transforma así del todo en un voluntarismo. La ley moral es el «querer de Dios» y la virtud del hombre consiste en querer lo que quiere Dios. La buena voluntad (la pureza de corazón) se convierte en signo distintivo del hombre moral.

2.6. La Providencia personal

Sócrates y Platón habían mencionado al Dios Providencia: el primero de modo intuitivo y el segundo al referirse al demiurgo que construye y gobierna el mundo. Aristóteles, en cambio, ignora esta noción, al igual que la mayoría de los filósofos griegos, exceptuando a los estoicos. Sin embargo, cabe pensar que también en este caso dicha noción proceda de un acervo cultural originario, cuyas raíces se remonten al origen semita de los fundadores del estoicismo, como sugiere Pohlenz. Sea como fuere, lo cierto es que la providencia de los griegos nunca se refiere al hombre individual. La providencia estoica coincide con el hado y no es más que el aspecto racional de la necesidad con la que el *logos* produce y gobierna todas las cosas. En cambio, la Providencia bíblica no sólo es la propia de un Dios personal en grado sumo, sino que —además de a lo creado en general— se dirige en particular a cada hombre individual, a los más humildes y más necesitados, y a los pecadores mismos (recuérdense las parábolas del hijo pródigo y de la oveja perdida). He aquí uno de los textos más conocidos y más significativos a este respecto, extraído del Evangelio de Mateo:

Por eso os digo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? Por lo demás, ¿quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un solo codo a la medida de su vida? Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Observad los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan, ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se pudo vestir como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué nos vamos a vestir? Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; y ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todas ellas. Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura. Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se ocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su inquietud.

En el sentido escribe Lucas: «Si uno de vosotros tiene un amigo y, acudiendo a él a medianoche, le dice: “Amigo, préstame tres panes, porque ha llegado de viaje a mi casa un amigo mío y no tengo qué ofrecerle”, y aquél, desde dentro, le responde: “No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis hijos y yo estamos acostados; no puedo levantarme a dártelos”, os aseguro, que si no se levanta a dárselos por ser su amigo, al menos se levantará por su importunidad, y le dará cuanto necesite. Yo os digo: Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.»

También en el Antiguo Testamento aparece con la misma dimensión y el mismo alcance este sentido de confianza total en la Providencia divina, como se aprecia por ejemplo en el bellísimo Salmo 91:

Tú que dices: «¡Mi refugio Yahvéh!»,
y haces de Elyón tu asilo.
No ha de alcanzarte el mal,
ni la plaga se acercará a tu tienda;
que él dará orden sobre ti a sus ángeles
de guardarte en todos tus caminos.

Te llevarán ellos en sus manos,
para que en piedra no tropiece tu pie;
pisarás sobre el áspid y la víbora,
hollarás al leoncillo y al dragón.
«Pues él se abraza a mí, yo he de librarle;
le exaltaré, pues conocí mi nombre.
Me llamará y le responderé;
estaré a su lado en la desgracia,
le libraré y le glorificaré.
Harta le daré de largos días,
y haré que vea mi salvación.»

Es éste un mensaje de seguridad total, destinado a imponerse sobre las frágiles seguridades humanas que habían construido los sistemas de la época helenística. Ninguna seguridad puede ser absoluta si no posee un nexo estable con lo Absoluto, y el hombre experimenta la necesidad de precisamente este tipo de seguridad total.

2.7. *El pecado original, sus consecuencias y su redención*

Basándonos en lo ya manifestado, es evidente el sentido que tiene el pecado original. Al igual que cualquier otro pecado, constituye una desobediencia, la desobediencia al mandato original de no comer el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. La raíz de esta desobediencia fue la soberbia del hombre, el no tolerar ninguna limitación, el rechazar los vínculos del bien y del mal (los mandatos), y por lo tanto, querer ser como Dios. Dios había dicho: «No debéis comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, o moriréis.» La tentación del Maligno insinúa: «¡No, no moriréis! Dios sabe que en el momento en que comáis de él, vuestros ojos se abrirán y seréis como Dioses, conocedores del bien y del mal.» A la culpa de Adán y Eva —que ceden a la tentación y transgreden el mandato divino— le sigue, en calidad de castigo divino, la expulsión del Paraíso terrenal con todas sus consecuencias. Entran así en el mundo el mal, el dolor y la muerte, el alejamiento de Dios. Y en Adán pecó toda la humanidad: con Adán, el pecado se introdujo en la historia de los hombres y, junto con el pecado, todas sus consecuencias. Pablo escribe: «Por obra de un solo hombre entró el pecado en el mundo, y a través del pecado, la muerte; así pasó la muerte a todos los hombres, porque todos pecaron...»

El hombre solo no habría podido salvarse del pecado original y de todas sus consecuencias. Y así como la creación fue un don, al igual que fue un don la antigua alianza tantas veces traicionada por el hombre, la redención también constituyó un don, el más grande de todos. Dios se hizo hombre, y con su pasión y muerte redimió del pecado a la humanidad, y con su resurrección venció a la propia muerte, consecuencia del pecado. En la Carta a los romanos, Pablo escribe:

¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva. Porque si nos hemos hecho una misma cosa con él por una muerte semejante a la suya, también nos haremos por una resurrección semejante; sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con él, a fin de que fuera destruido este

cuerpo de pecado y cesáramos de ser esclavos del pecado. Pues el que está muerto, queda exento del pecado. Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él, sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, y que la muerte no tiene ya señorío sobre él. Su muerte fue un morir al pecado, de una vez para siempre; mas su vida, es un vivir para Dios. Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal de modo que obedezcáis a sus apetencias. Ni ofrezcáis vuestros miembros como armas de injusticia al servicio del pecado; sino más bien ofreceos vosotros mismos a Dios como muertos retornados a la vida; y vuestros miembros, como armas de justicia al servicio de Dios. Pues el pecado no dominará ya sobre vosotros, ya que no estáis bajo la ley sino bajo la gracia.

La venida de Cristo, su pasión que sirvió para expiar el antiguo pecado que entró en el mundo con Adán, y su resurrección resumen todo el sentido del mensaje cristiano, que invierte por completo el marco característico del pensamiento griego. Los filósofos griegos habían mencionado una culpa originaria, extrayendo esta noción de los misterios órficos, y habían enlazado en cierto modo el mal que padece el hombre con esta culpa. En primer lugar, sin embargo, se hallaban muy lejos de explicar cuál era la naturaleza de esta culpa (reléase, por ejemplo, el mito platónico del *Fedro* (cf. p. 148)). En segundo lugar los filósofos griegos estaban convencidos de que *a*) el ciclo de los nacimientos (la metempsicosis) anularía naturalmente la culpa en los hombres corrientes; *b*) los filósofos podían liberarse de las consecuencias de dicha culpa en virtud del conocimiento, es decir, por esfuerzo humano, de manera autónoma. El nuevo mensaje, además de mostrar la realidad mucho más perturbadora de la culpa original, que constituye una rebelión contra Dios, pone en evidencia que ninguna fuerza natural o del intelecto humano podría redimir al hombre. Era necesaria la intervención de Dios mismo hecho hombre y la participación del hombre en la pasión de Cristo, según una dimensión que resultaba ignorada casi del todo por los griegos: la dimensión propia de la fe.

2.8. *La nueva dimensión de la fe y el Espíritu*

La filosofía griega había minusvalorado la fe o creencia (*pistis*) desde el punto de vista cognoscitivo. Hacía referencia a las cosas sensibles, mutables y, por lo tanto, constituía una forma de opinión (*doxa*). Es cierto que Platón le concedía valor como componente del mito, pero en conjunto el ideal de la filosofía griega es la *episteme*, el conocimiento. Todos los pensadores griegos, como hemos comprobado, consideraban que el conocimiento era la virtud por excelencia del hombre y la realización de la esencia misma del hombre. El nuevo mensaje cristiano exige que el hombre trascienda esta dimensión, invirtiendo los términos del problema y colocando *la fe por encima de la ciencia*.

Esto no significa que la fe no posea su propio valor cognoscitivo. Sin embargo, se trata de un valor cognoscitivo de naturaleza muy diferente al del conocimiento racional e intelectual, y que sólo se impone a quien posea dicha fe. Como tal, ésta constituye una auténtica provocación para el intelecto y la razón.

Más adelante hablaremos de las consecuencias de tal provocación.

Ahora hemos de captar cuál es su sentido global. Pablo en su Primera carta a los Corintios, nos lo revela con toda claridad:

Pues el mensaje de la cruz es una necedad para los que se pierden; mas para los que se salvan —para nosotros— es fuerza de Dios. Porque dice la escritura: «Destruiré la sabiduría de los sabios, y reprobaré la prudencia de los prudentes.» ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el docto? ¿Dónde el sofista de este mundo? ¿Acaso no entonteció Dios la sabiduría del mundo? De hecho, como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necedad de la predicación. Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles: mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres. ¡Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados! No hay muchos sabios según la carne ni muchos poderosos ni muchos de la nobleza. Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo, para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es. Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios. De él os viene que estéis en Cristo Jesús, al cual hizo Dios para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención, a fin de que, como dice la escritura: «El que se gloríe, gloríese en el Señor.» Yo, hermanos, cuando fui a vosotros, no fue con el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciaros el testimonio de Dios, pues no me precié de saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado. Y me presenté ante vosotros débil, tímido y tembloroso. Y mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder para que vuestra fe se fundase, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios. Sin embargo, hablamos de sabiduría entre los perfectos, pero no de sabiduría de este mundo ni de los príncipes de este mundo, próximo a desaparecer; sino que hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida de todos los príncipes de este mundo, pues de haberla conocido no hubieran crucificado al Señor de la Gloria. Más bien, como dice la escritura, anunciamos «lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman. Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu», y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios. En efecto, ¿qué hombre conoce lo íntimo del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también hablamos, no con palabras aprendidas de la sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales en términos espirituales. El hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede entender, pues sólo el Espíritu puede juzgarlas. En cambio, el hombre espiritual lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarle. Porque ¿quién conoció el pensamiento del Señor para instruirle? Pero nosotros poseemos el pensamiento de Cristo.

De este mensaje, que se aparta de todos los esquemas tradicionales, nace una nueva antropología (que había sido ampliamente anticipada por el Antiguo Testamento). El hombre ya no es simplemente cuerpo y alma (entendiendo por «alma» la razón y el intelecto), en dos dimensiones, sino que se añade una tercera dimensión: cuerpo, alma y espíritu. El espíritu consiste precisamente en esta participación en lo divino a través de la fe, la apertura del hombre a la palabra divina y a la sabiduría divina, que le colman de una nueva fuerza y le otorgan en cierto sentido una nueva estatura ontológica. La nueva dimensión de la fe, pues, es la dimensión del espíritu en el sentido bíblico. Los griegos habían conocido la dimensión del *nous*, pero no la del *pneuma*. Ésta será, en cambio, la dimensión de los cristianos.

2.9. El «eros» griego, el amor («agape») cristiano y la gracia

En uno de sus puntos culminantes, y sobre todo con Platón, el pensamiento griego creó la admirable teoría del *eros*, de la que hemos hablado antes (cf. p. 141s) con detenimiento. Sin embargo, el *eros* no es Dios, porque es deseo de perfección, tensión mediadora que posibilita el ascenso desde lo sensible hasta lo suprasensible, fuerza que tiende a adquirir la dimensión de lo divino. El *eros* griego es carencia y posesión, en una conexión estructural entendida en sentido dinámico y, por esto, es una fuerza adquisitiva y ascendente, que se desencadena sobre todo a la luz de la belleza. El nuevo concepto bíblico de «amor» (*agape*) es de una naturaleza muy distinta. En primer lugar el amor no es un ascenso del hombre, sino un descenso de Dios hasta los hombres. No es algo adquirido, sino un don. No es algo provocado por el valor del objeto al que se dirige sino, al contrario, algo espontáneo y gratuito.

Mientras que para los griegos es el hombre el que ama —y no Dios— para el cristiano es sobre todo Dios el que ama, y el hombre sólo puede amar en la dimensión del nuevo amor si lleva a cabo una radical revolución interior y asimila su propia conducta a la de Dios. El amor cristiano carece de límites, es infinito: Dios ama a los hombres hasta el sacrificio de la cruz; ama al hombre incluso en sus debilidades. Es precisamente en éstas cuando el amor cristiano revela su grandeza desconcertante: en la desproporción entre el don y el beneficiario de este don, lo cual implica la absoluta gratuidad de dicho don.

En el mandamiento del amor Cristo resume la esencia de los mandamientos y de la ley en su conjunto. En el Evangelio de Marcos leemos esta respuesta concreta que Cristo formula ante la pregunta de un escriba que quería saber cuál era el primero de los mandamientos: «El primero es: Escucha Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y amarás al Señor, tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No existe otro mandamiento mayor que éstos.»

El Evangelio de Mateo ofrece estas concreciones adicionales sobre la carencia de límites del amor cristiano: «Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo”. Pues yo os digo: “Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos.” Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial.»

Este pasaje de la Primera carta de Juan resume muy bien toda la temática del amor cristiano: «Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Queridos, si

Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu.»

La Primera carta de Pablo a los Corintios contiene la más cumplida alabanza del *agape*, del nuevo amor cristiano:

Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, nada me aprovecha. El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no es jactancioso, no se engríe; es decoroso; no es egoísta; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta. El amor no acaba nunca. Desaparecerán las profecías. Cesarán las lenguas. Desaparecerá la ciencia. Porque imperfecta es nuestra ciencia e imperfecta nuestra profecía. Cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Al hacerme hombre, dejé todas las cosas de niño. Ahora vemos en un espejo, confusamente. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo imperfecto, pero entonces conoceré como soy conocido. Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad.

Comparando a Pablo con Platón, Wilamowitz ha escrito: «Uno no sabía nada acerca del *eros*, y el otro no sabía nada acerca del *agape*; por eso habrían podido aprender el uno del otro, pero de la forma en que eran ambos, no lo habrían conseguido.» Sin embargo, el pensamiento cristiano posterior se ha basado precisamente en esta tarea. El *agape* cristiano puede existir sin el *eros* griego, pero el *eros* griego no puede vivir sin el *agape* cristiano.

2.10. *La revolución de los valores provocada por el cristianismo*

Sin lugar a dudas, el mensaje cristiano señaló la revolución más radical de los valores en la historia humana. Nietzsche ha llegado a hablar de una total subversión de los valores antiguos, subversión cuya formulación programática se encuentra en el Sermón de la Montaña. Leemos en el Evangelio de Mateo:

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.
Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra.
Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.
Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.
Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.
Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.
Bienaventurados los que buscan la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.
Bienaventurados los perseguidos por la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.
Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos porque vuestra recompensa será grande en los cielos, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.

En el Evangelio de Lucas aparece un texto análogo:

Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.
 Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados.
 Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis.
 Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os injurien y proscriban vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, que vuestra recompensa será grande en el cielo. Porque de ese modo trataron sus padres a los profetas.
 Pero ¡ay de vosotros, los ricos!, porque habéis recibido vuestro consuelo.
 ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre.
 ¡Ay de los que reís ahora!, porque tendréis aflicción y llanto.
 ¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!,
 porque de ese modo trataron sus padres a los falsos profetas.
 Pero yo os digo a los que me escucháis: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odien, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os maltraten. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite el manto, no le niegues la túnica.

De acuerdo con la nueva escala de valores, es preciso retornar a la sencillez y a la pureza del niño, porque el que sea primero según el juicio del mundo, será el último según el juicio de Dios, y viceversa. Mateo escribe: «En aquel momento se acercaron a Jesús los discípulos y le preguntaron: “¿Quién es, pues, el mayor en el Reino de los Cielos?” Él llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y dijo: “Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Así, pues quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos. Y el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe.”» Por su parte, escribe Marcos: «Entonces se sentó, llamó a los Doce y les dijo: “Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos.”»

De este modo, la humildad se convierte en la virtud fundamental para el cristiano: el camino estrecho que permite entrar al reino de los cielos. Cristo añade asimismo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará.» Para el filósofo griego esto resultaba sencillamente incomprensible. Y caía por su base el ideal supremo del sabio helenístico que había comprendido la vanidad del mundo y de todos los bienes externos y del cuerpo, pero que se atribuía a sí mismo la certidumbre suprema, proclamándose autárquico, absolutamente autosuficiente y capaz de alcanzar por sí solo el fin último. Este ideal del hombre griego —que había creído con una extrema firmeza en sí mismo, más que en todas las cosas exteriores— era sin duda un ideal noble; pero el mensaje evangélico lo convierte en ilusorio, de una manera categórica. La salvación no puede venir de las cosas, pero tampoco de uno mismo: «Sin mi ayuda —dice Cristo— nada podéis hacer.» Pablo señala la inversión del pensamiento antiguo, en un espléndido pasaje de su Segunda carta a los Corintios. Después de haberle pedido en tres ocasiones a Dios que apartase de él una grave aflicción que le humillaba, obtuvo esta respuesta: «Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza.» Por esto, Pablo concluye: «Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo.»

2.11. *La inmortalidad del alma en los griegos y la resurrección de los muertos en los cristianos*

La noción de «alma» es una creación griega y hemos seguido su evolución a partir de Sócrates, que la considera como esencia del hombre, pasando por Platón, que fundamenta su inmortalidad con pruebas racionales, hasta llegar a Plotino, que la convierte en una de las tres hipóstasis. Sin ninguna duda, la *psyche* es una de las figuras teóricas que mejor simbolizan lo más característico del pensamiento griego y de su idealismo metafísico. Hay que recordar que incluso los estoicos, aunque hacían explícita profesión de materialismo, admitían la supervivencia del alma, aunque fuese hasta el final de la siguiente conflagración cósmica. Después de Sócrates los griegos han atribuido al alma la auténtica esencia del hombre, no han sabido pensarse a sí mismos si no es en términos de alma y cuerpo, y toda la tradición platónico-pitagórica y el propio Aristóteles —es decir, la mayor parte de la filosofía griega— han considerado que el alma es inmortal por naturaleza.

El mensaje cristiano planteó el problema del hombre en términos completamente distintos. En los textos sagrados el término «alma» no aparece en sus acepciones griegas. El cristianismo no niega que, al morir el hombre, sobreviva algo de él: al contrario, afirma expresamente que los muertos son acogidos en el seno de Abraham. Sin embargo, el cristianismo no insiste para nada en la inmortalidad del alma, sino en la resurrección de los muertos. Éste es uno de los signos distintivos de la nueva fe. Y la resurrección implica que también el cuerpo vuelva a la vida. Precisamente esto debía constituir un gravísimo obstáculo para los filósofos griegos: les parecía absurdo que aquel cuerpo que ellos consideraban como obstáculo y fuente de todas las negatividades y todos los males, tuviese que renacer.

La reacción de algunos estoicos y epicúreos ante el discurso pronunciado por Pablo en el Areópago de Atenas resulta muy elocuente. Escucharon a Pablo mientras hablaba de Dios. Pero cuando empezó a hablar de la resurrección de los muertos, no le dejaron seguir hablando. Se nos narra en los Hechos de los Apóstoles: «Al oír la resurrección de los muertos, unos se burlaron y otros dijeron: “Sobre esto ya te oiremos otra vez.” Así salió Pablo de en medio de ellos.»

Y Plotino, dentro de una perspectiva renovada de la metafísica platónica, escribía en abierta polémica con esta creencia cristiana: «Lo que de alma existe en el cuerpo no es más que alma dormida; y el verdadero despertar consiste en la resurrección, aquella resurrección verdadera, desde el cuerpo, pero no con el cuerpo; resucitar con un cuerpo equivale a caer desde un sueño en otro sueño, a pasar —por así decirlo— de un lecho a otro. Pero el auténtico levantarse tiene algo de definitivo: no desde un solo cuerpo sino desde todos los cuerpos, que son radicalmente contrarios al alma, por lo cual llevan la contrariedad hasta la raíz del ser. De ello es prueba su devenir, su transcurrir, su exterminio, que no pertenecen para nada al ámbito del ser.»

En cambio, muchos pensadores cristianos no consideraron que la doctrina del *Fedón* y de los platónicos negase su propia fe. Por lo contrario, intentaron aprovecharla como factor de clarificación. Como veremos más adelante, la mediación entre la cuestión del alma y la cuestión de la resu-

rección de los muertos, junto con la introducción de la nueva temática del Espíritu, constituirá uno de los debates más vivos dentro de la reflexión filosófica de los cristianos, y se llegará a conclusiones diversas.

2.12. *El nuevo sentido de la historia y de la vida del hombre*

Los griegos no poseyeron un sentido preciso de la historia, por lo que su pensamiento resulta substancialmente ahistórico. No les fue familiar la idea de progreso o sólo lo fue en un porcentaje muy reducido. Aristóteles habló de catástrofes recurrentes, que llevan de manera continuada a la humanidad a su estadio primitivo, seguido por una evolución que conduce a un estadio de civilización avanzada y llega al mismo nivel que la fase precedente, momento en que se presenta una nueva catástrofe, y así indefinidamente. Los estoicos, por su parte, introdujeron la teoría de la destrucción cíclica, no sólo de la civilización terrestre, sino de todo el cosmos, el cual se reproduce cíclicamente de forma idéntica a la anterior, hasta en sus detalles más insignificantes. En conclusión: se repite tal y como ha sido en el pasado, indefinidamente (cf. p. 231s). Sin ninguna duda, se trata de una auténtica negación del progreso.

Por lo contrario, la concepción de la historia que se manifiesta en el mensaje bíblico posee un carácter rectilíneo, no cíclico. En el transcurso del tiempo tienen lugar acontecimientos decisivos e irrepetibles, que constituyen una especie de etapas que señalan el sentido de la historia. El final de los tiempos es también el fin para el que han sido creados: el juicio universal y la venida del reino de Dios en su plenitud. De este modo la historia, que avanza desde la creación hasta la caída, desde la alianza hasta el tiempo de la espera del Mesías, desde la venida de Cristo hasta el juicio final, adquiere un sentido de conjunto y un sentido en cada una de sus fases. Como consecuencia, el hombre —en una historia así entendida— se comprende a sí mismo mucho mejor: comprende mejor de dónde viene, dónde se encuentra ahora, y dónde está llamado a llegar. Sabe que el reino de Dios ya ha entrado en el mundo con Cristo y con su Iglesia y que, por lo tanto, ya se halla entre nosotros, aunque sea al final de los tiempos cuando se realice en toda su plenitud.

El griego antiguo vivía en la dimensión de la *polis* y para la *polis*, y sólo podía imaginarse en su seno. Una vez destruida la *polis*, el filósofo griego —como hemos visto— se refugió en el individualismo, sin descubrir un nuevo tipo de sociedad. En cambio, el cristiano vive en la Iglesia, que no es una sociedad política, ni tampoco una sociedad puramente natural. Es una sociedad, por así decirlo, horizontal y vertical al mismo tiempo: vive en este mundo, pero no para este mundo; se manifiesta con una apariencia natural, pero posee raíces sobrenaturales. El cristiano, en la Iglesia de Cristo, vive la vida de Cristo en la gracia de Cristo. La parábola de la vid y los sarmientos, que Cristo narra a sus discípulos en el Evangelio de Juan, expresa a la perfección el nuevo sentido de la vida del cristiano, en unión con Cristo y con los demás que viven en Cristo:

Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto. Vosotros estáis ya limpios

gracias a la palabra que os he anunciado. Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí como yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada. Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis.

2.13. *Pensamiento griego y mensaje cristiano*

En el pensamiento griego existe una gran riqueza. No obstante, el mensaje cristiano va mucho más allá, superándolo en los puntos claves. Sería un grave error, empero, creer que esta enorme diferencia sólo implica antítesis insolubles. En todo caso, si bien algunos piensan así en la actualidad, no fue ésta la tesis de los primeros cristianos. Éstos, después de un primer choque frontal, trabajaron activamente para construir una síntesis, como veremos más adelante. En palabras de C. Moeller, un error de fondo de los griegos reside en el hecho de que «buscaron en el hombre lo que sólo podían hallar en Dios. Su error fue grande, pero era el error de las almas nobles». Otro error de fondo consistió en negar —utilizando armas dialécticas— aquellas realidades que no se ajustaban a sus esquemas racionales perfectos, como el mal, el dolor y la muerte (el pecado es un error de cálculo, decía Sócrates; el cadáver también vive, afirmó Parménides; la muerte no es nada, sostuvo Epicuro; el sabio es feliz incluso cuando se le somete a la tortura del toro de metal ardiente, defendía toda la filosofía helenística).

Sin embargo, después del mensaje cristiano adquiere una nueva dimensión la medida griega del hombre. «El corazón humano es más profundo que la sabiduría antigua», dice R. Grousset. En efecto, el hombre —a quien tanto habían exaltado los griegos— resulta para el cristiano algo mucho más grande de lo que habían imaginado los filósofos griegos, pero en una dimensión diferente y por razones distintas. Dios decidió confiar a los hombres la difusión de su propio mensaje y, además, se hizo hombre para salvar al hombre. Por lo tanto, la medida griega del hombre, por elevada que fuese, se torna insuficiente y hay que replantearla a fondo. Como un grandioso intento de construir esta nueva medida del hombre, surgirá el humanismo cristiano.